La idea de la técnica en Ortega

Miguel Ángel Cordero del Campo

Resumen

La técnica, en el pensamiento de Ortega, no es satisfacción sino liberación de la necesidad, pues lo único verdaderamente necesario es lo superfluo, determinado según el proyecto vital de cada ser humano. Así, la técnica está al servicio de este proyecto, y su facultad no es la inteligencia mecánica sino la imaginación. Por ello, no es probable la tecnocracia. Sin embargo, en mi opinión, el proyecto orteguiano exhibe características y actitudes propias de un proyecto técnico. Posición que podría llamarse "romanticismo técnico".

Palabras clave

Ortega y Gasset, Heidegger, técnica, necesidad, proyecto, imaginación, tecnocracia, romanticismo.

Abstract

In Ortega's thought technique is not satisfaction but liberation from necessity since only superfluous is really necessary, according to every man's vital project. Technique serves this project and its faculty is not mechanical discourse but imagination. So technocracy is not probable. Nevertheless in Ortega human project shows, in my opinion, some typical features of a technical project. This position may be called "technical romanticism".

Keywords

Ortega y Gasset, Heidegger, technique, neccesity, project, imagination, technocracy, romanticism.

Dice Ortega en *La idea de principio en Leibniz:* "El hombre es un animal inadaptado. Es decir, que existe en un elemento extraño a él, hostil a su condición: este mundo [...]. Tiene, pues, que esforzarse en transformar este mundo que le es extraño [...] en otro afín donde se cumplan sus deseos –el hombre es un sistema de deseos imposibles en este mundo– [...]. La idea de un mundo coincidente con el hombre es lo que se llama felicidad. El hombre es el ente infeliz, y, por lo mismo, su destino es la felicidad. Por eso, todo lo que el hombre hace lo hace para ser feliz. Ahora bien, el único instrumento que el hombre tiene para transformar este mundo es la técnica, y la física es la posibilidad de una técnica infinita. La física es, pues, el organon de la felicidad, y, por ello, la instauración de la física es el hecho más importante de la historia humana. Por lo mismo, radicalmente peligroso. La capacidad de construir un mundo es inseparable de su capacidad para destruirlo"[1].

[1] José Ortega y Gasset, *La idea de principio en Leibniz*. Madrid: Alianza Editorial, 1979, pp. 30-40.

Cómo citar este artículo:

Cordero del Campo, M. A. (2002). La idea de la técnica en Ortega. *Revista de Estudios Orteguianos,* (5), 169-181.

https://doi.org/10.63487/reo.748

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Este texto es todo un resumen de la filosofía orteguiana, pues en él aparecen tanto el tema del sentido de la vida –feliz superación de la inadaptación originaria del ser humano en este mundo– como el del medio que permite transformar la impotencia en destino felicitario, la técnica, cuya potencia infinita es la física moderna. La tecnociencia asume, así, el brillante papel de *organon* de la felicidad.

Se trata, pues, de precisar qué entiende Ortega por la técnica en general, y por la moderna en particular, así como de analizar el vínculo que liga la técnica con el proyecto vital del ser humano.

Suele definirse la técnica como el conjunto de los recursos de una ciencia, o de un arte, en orden a satisfacer necesidades.

Pues bien, en *Meditación de la técnica*[2] Ortega comienza por apartarse de la definición habitual: el ser humano no está sujeto a necesidades que deba satisfacer. No reconoce la necesidad previa, la objetiva que se impone por sí misma, pues en él toda necesidad es subjetiva o condicionada a la voluntad de vivir; la vida, sólo subjetivamente necesaria, convierte toda necesidad en subjetiva. Es la necesidad creada por un acto de voluntad. En cambio, si el animal no puede satisfacer sus objetivas necesidades, se deja morir. Cuando el hombre, decidido a vivir, no encuentra de inmediato lo que precisa, emprende una segunda línea de actividades: hace fuego, agricultura, caza, etc.; es decir, produce lo que no había antes en la naturaleza, en su circunstancia, lo cual le permite eliminar las urgencias vitales y dedicarse a otras actividades no urgentes.

Curiosamente, la necesidad objetiva no puede ser percibida como tal, porque no admite distancia. El animal se identifica con ella, se altera en su medio, como dice Max Scheler. El hombre percibe la necesidad porque no se identifica con ella sino que interpone distancia ensimismándose y haciendo así posible la respuesta técnica. Sin interior no hay técnica.

De modo que la técnica es la reforma de la circunstancia natural, para que haya lo que antes no había en ella. No es que, gracias a ella, puedan satisfacerse necesidades objetivas, sino que éstas resultan suprimidas y el hombre queda liberado de ellas.

En suma, el fin de la técnica no es la satisfacción de las necesidades sino la liberación de las mismas. Por ello, no adapta al sujeto a su medio sino que adapta el medio al sujeto. Concepción humanista de la técnica que encuentra sorprendentemente en ella, y no a pesar de ella, la posibilidad de la diferencia humana. ¿Necesitaban el fuego los trogloditas para protegerse del frío, o para drogarse? –se pregunta Ortega–. ¿Qué arco era verdaderamente necesario, el

[2] José ORTEGA Y GASSET, *Meditación de la técnica y otros ensayos sobre ciencia y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial, 1995, cap. 1°.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

de caza o el musical? Si lo que cuenta es proporcionarse estados placenteros, entonces lo realmente necesario es lo superfluo. No sobrevivir sino vivir, no estar sino bienestar. Podemos reducir al mínimo nuestra respuesta al hambre, pero no podemos prescindir de nuestras pasiones. La técnica nos permite la producción de lo superfluo.

Así, el hombre es esencialmente técnico, porque en él existencia y bienestar son lo mismo. Hombre, técnica y bienestar son sinónimos.

Pero el bienestar conseguido no está, sin más, garantizado, ya que la vida es riesgo continuo; en consecuencia, la técnica dependerá, en cada momento, de lo que el hombre imagine como su bienestar ("para ser ingeniero no basta con ser ingeniero").

Ahora bien, ni la técnica actual, basada en la ciencia, es más segura que la pretérita, pues se trata de un basamento hipotético que resta firmeza a su aparente solidez, ni el progreso técnico es imparable, pues no cabe hablar de progreso incondicional, único y común, contra lo que postula el bárbaro determinismo, sea éste naturalista (a parte ante) o progresista (a parte post). Distanciándose, así, de toda posición historicista (determinista), Ortega subraya que sólo puede hablarse de progreso en relación con una meta concreta, que no es forzosamente la misma siempre ("una cultura se vacía entera por el más imperceptible agujero")[3]. El progreso depende del proyecto histórico vigente en cada caso.

Luego la técnica requiere un esfuerzo del que nos dispensaría el confiado progresismo. Por tanto, si el fin de la técnica es la producción de lo superfluo, entonces la técnica es esfuerzo por ahorrar esfuerzo, por desligarnos de la necesidad liberando tiempo y energía en pro de aquello que es atractivamente inútil, y constituye, por ello, el fin mismo de nuestra vida.

No habiendo nada dado de una vez por todas, seguro, el hombre, "no sólo económica sino metafísicamente tiene que ganarse la vida". Ésta no es cosa hecha, está en el aire. Es pretensión de ser. Es proyecto o programa de existencia.

No es substancia: ni cuerpo ni alma, que no son sino circunstancias de la vida más o menos favorables al proyecto vital. La paradoja de la vida humana es que es lo que aún no es... pero aspira a ser. El hombre (y esto suena muy romántico) es una aspiración, una inquietud o pretensión de realización, nunca satisfecha, en una determinada y áspera circunstancia. De ahí el carácter de dramático quehacer o lucha por llegar a lo que se tiene que ser, aquello que la voluntad decide ser. Y que es diferente en cada caso, v. g. en el de un comerciante o en el de un poeta, proyectos de ser diametralmente opuestos entre sí,

[3] José ORTEGA Y GASSET, ob. cit., p. 40.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

que nos invitan a pensar en la enorme desigualdad de los seres humanos ("contra lo que afirman los igualitaristas de los últimos siglos").

Ortega ejemplifica el carácter dramático del proyecto vital en dos tipos contrarios de ser humano, coincidentes, sin embargo, en la extranaturalidad de su elección vital, buena prueba de que todo proyecto es puro esfuerzo contra la circunstancia natural. De una parte, el bodhisatva tibetano, y, de otra, el gentleman inglés. El primero rechaza un proyecto de vida individual en favor de la fusión extática en el Todo. Por tanto, su técnica, acorde con el proyecto, ha de ser de interior, tanto del cuerpo como de la mente. Técnica que facilita la insensibilidad, la catalepsia y la concentración, poco asequibles en un medio –clima y suelo– extremadamente hostil a la meditación, y que exige la construcción de conventos de piedra para vivir y orar, y hasta para defenderse del enemigo. Fue el convento lo que, haciendo de castillo, creó el Estado tibetano.

El gentleman elige una vida volcada al exterior, donde acepta la lucha en el terreno económico, contra lo que era costumbre en el aristócrata continental. Es un luchador que acepta reglas de juego e incluso lleva el juego mismo a lo penoso de la vida, más allá de todo apremio natural. El juego es un lujo vital que respeta los derechos de los jugadores. Un lujo que es, a un tiempo, dominio técnico y autodominio. Por tanto, el producto técnico del gentleman es opuesto a la pacotilla, no necesita propaganda ni falsa retórica, huye de la demagogia política y de coartadas legales. El gentleman no necesita una Constitución. Al contrario que el bodhisatva, quiere vivir con intensidad en este mundo y ser lo más individual e independiente posible. Lógicamente, sus técnicas, que dan a su destino mundanal la gracia de un juego, son técnicas de *fair play*, de aseo de cuerpo y alma, del baño y *water*, lavado de ropa, deporte y juegos de mesa, etc.

Cada uno a su modo, entienden la vida como lujo que requiere esfuerzo. Lo superfluo vital no es en Ortega abandono al placer sino inquietante quehacer ("la vida da mucho quehacer"). Pura tarea e inexorable quehacer[4]. No indolencia presente sino atención dramática. No disfrute moroso sino urgente autofabricación, y, por tanto, modificación del mundo o circunstancia, vista ésta como materia (transformable) o como máquina (transformadora). Sólo después, y por la exigencia fabril, la vida se explaya en teoría justificadora científica o filosófica. Esta prioridad de urgencia no significa que el fin de la vida sea técnico sino que la técnica abre un ámbito de holgura reflexivo y sensual. El negocio sirve los fines del ocio. No niega el ocio sino que negocia su llegada. Pero también puede ocurrir que el ocio asuma como fin el nego-

[4] José ORTEGA Y GASSET, ob. cit., p. 51.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

cio técnico; es decir, que la voluntad de ser se quede en el ser de la voluntad, en inquietud y zozobra constante de dominio de la circunstancia. ¿Hay algo de esto en Ortega?

De momento, Ortega afirma que el ocio depende del deseo originario que define el proyecto humano y que anticipa lo que aún no es real, y, en última instancia, el perfil del hombre que se quiere ser.

Sin embargo, desear no es cosa fácil. Dice Ortega:

> Acaso la enfermedad básica de nuestro tiempo sea una crisis de los deseos, y, por eso, toda la fabulosa potencialidad de nuestra técnica parece como si no nos sirviera para nada [...]. Europa padece una extenuación en su facultad de desear. Y esa obnubilación del programa vital traerá consigo una detención o retroceso de la técnica, que no sabrá bien a quién o qué servir[5].

Denuncia temprana del paradójico fenómeno de nuestro tiempo, que tiene todo a mano y no sabe qué hacer con ello, lo cual trae como consecuencia histórica previsible la parálisis técnica. Y aún avanza un paso más allá:

> La técnica, al aparecer como capacidad en principio ilimitada, hace que al hombre, puesto a vivir de fe en la técnica, y sólo en ella, se le vacíe la vida. Porque ser técnico, y sólo técnico, es poder serlo todo y consecuentemente no ser nada determinado. De puro llena de posibilidades, la técnica es mera forma hueca –como la lógica más formalista– e incapaz de determinar el contenido de la vida. Por eso, estos años en que vivimos, los más intensamente técnicos que ha habido en la historia humana, son de los más vacíos[6].

No sólo detecta ya la enfermedad sino que encuentra una estrecha conexión entre potencia ilimitada y deseo menguante. El deseo se ve desbordado por el poder, la materia por la forma, la vida por el vacío, originándose el círculo de la impotencia: si la poderosa técnica acorrala el deseo, éste, a su vez, sufre de anorexia productiva.

De ahí que, según Ortega, resulte muy improbable la constitución de una tecnocracia, o régimen de la técnica y de los técnicos, que no pueden imprimir dirección ni mandar. Su papel es magnífico pero de segundo plano. No es extraño que, al lado de los grandes programadores vitales, bien conocidos, los genios de la técnica sean casi anónimos.

---

[5] José ORTEGA Y GASSET, ob. cit., p. 55.

[6] José ORTEGA Y GASSET, ob. cit., pp. 83-84.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Me pregunto, sin embargo, si la impotencia del deseo humano se debe a alguna suerte de complejo, o si, más bien, está ya inscrita en la potencia técnica como renuncia al deseo.

En *La rebelión de las masas* dice Ortega, a propósito de la tecnocracia:

> Spengler cree que la técnica puede seguir viviendo cuando ha muerto el interés por los principios de la cultura. Yo no puedo resolverme a creer tal cosa. La técnica es consubstancialmente ciencia, y la ciencia no existe si no interesa en su pureza y por ella misma; y no puede interesar, si las gentes no continúan entusiasmadas con los principios generales de la cultura. Si se embota este fervor –como parece ocurrir–, la técnica sólo puede pervivir un rato, el que le dure la inercia del impulso cultural que la creó. Se vive con la técnica, pero no de la técnica. Ésta no se nutre a sí misma, no es *causa sui*, sino precipitado útil, práctico, de preocupaciones superfluas, no prácticas.

Y, allí mismo, en una nota, añade:

> La democracia liberal y la técnica se implican e intersuponen a su vez tan estrechamente, que no es concebible la una sin la otra, y, por lo tanto, sería deseable un tercer nombre, más genérico, que incluyera a ambas. Éste sería el verdadero nombre de la última centuria[7].

Y finaliza su capítulo, titulado "Primitivismo y Técnica", admirándose de la desproporción entre el beneficio constante y patente que la ciencia procura al hombre-masa y el escaso interés que éste muestra por la ciencia. Despego que aparece con mayor claridad en la masa de los técnicos mismos –ingenieros, médicos– que, como "niños mimados", ejercen su profesión y utilizan sus técnicas sin la menor solidaridad con el destino de la ciencia.

Opone Ortega técnica a cultura, mediadas ambas por la ciencia, mediación que olvida el hombre-masa, incapaz de reconocer el estrecho vínculo entre ciencia y cultura, y, por tanto, la intrínseca relación entre inteligencia técnica e imaginación cultural. Sin ésta no es posible la ciencia, ni, por tanto, la técnica. La técnica no es tanto cuestión de aptitud intelectual cuanto de imaginación y voluntad. Ciertamente, sin inteligencia no habría técnicas, pero, desligada de un proyecto imaginativo, la inteligencia se convierte en una función puramente mecánica, sin disciplina ni orientación.

> Se olvida demasiado que la inteligencia, por muy vigorosa que sea, no puede sacar de sí su propia dirección; no puede, por tanto, llegar a verdaderos descubrimientos técnicos [...], no sabe cuáles, entre las infinitas cosas que se

[7] José ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1976, p. 120.

pueden "inventar", conviene preferir, y se pierde en sus infinitas posibilidades. Sólo en un ente donde la inteligencia funciona al servicio de una imaginación, no técnica sino creadora de proyectos vitales, puede constituirse la capacidad técnica[8].

En *La rebelión de las masas* culpa Ortega a la historia de la ciencia de ser responsable de la aparición del hombre-masa por el énfasis que ha puesto en lo que constituye su ventaja aparente y su mayor peligro: la mecanización. El especialista, que conoce bien su mínimo rincón de universo, tiende a creer que sabe por igual de todo lo demás, como si todo formara parte de un cuerpo técnico único -el europeoamericano- al servicio de un Proyecto compartido de Progreso universal.

Pero el hecho es que esta técnica occidental mecanicista ha cobrado hoy una importancia que nunca había tenido, hasta el punto de que nuestro tiempo se define, no como el de esta o aquella técnica sino como el de la Técnica.

Esto sólo ha podido pasar porque la función técnica misma se ha modificado en algún sentido muy substancial. ¿Qué ha pasado, pues, con la técnica en su historia?

Ortega no repite el tópico de hacer historia de la técnica –o historia simplemente–, atendiendo a la aparición de uno u otro invento más o menos espectacular, ya que un invento no es significativo sino inspirado por el programa vital de un tiempo determinado. Así, v. g., la pólvora, la imprenta, la brújula, o el compás, aparecen precisamente en el Renacimiento como inventos cuyo carácter común es la acción a distancia en un mundo crecientemente abierto.

Así pues, el principio del que parte para periodizar la historia de la técnica es el de la relación del hombre con la técnica como tal. Y, según ello, distingue tres períodos: técnica del azar, del artesano y del técnico.

La técnica del azar es la del primitivo que ignora su propia capacidad técnica, pues no tiene conciencia de invención. Es más bien el hallazgo lo que le inventa a él. El prodigio que ha tenido lugar es un misterio de la naturaleza, más allá de sus límites. Es magia.

El primitivo es un ser natural, casi un animal. Por tanto, el volumen de su técnica es muy inferior al de su naturaleza. Y, dada la sencillez de aquélla, su ejercicio es accesible a todos.

En cambio, en la técnica del artesano, aunque la base de sustentación es aún natural, el volumen técnico ha crecido considerablemente en cantidad y complejidad, hasta el punto de que no puede ser ejercitado sino por quienes parecen disfrutar de una capacidad extranatural de habilidad o destreza, que no llega a ser

[8] José ORTEGA Y GASSET, *Meditación de la técnica...*, ob. cit., p. 70.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

invención, pues aún no hay conciencia de la técnica como función genérica e ilimitada sino que se reconoce como dote individual, susceptible de aprendizaje y transmisión gremial de labores tradicionales, que tan sólo permiten pequeñas variaciones de estilo, según escuelas.

La técnica es inseparable del hombre que la utiliza, como lo es el instrumento de su agente causal, en tanto que maniobrado o manipulado por éste. No hay, pues, técnica sino técnicos que sirven propósitos socioculturales trascendentes a su labor artesanal.

En consecuencia, desde el punto de vista del sujeto, no hay diferencia entre técnico y obrero, pues la destreza se hace visible en la ejecución. Y, desde el punto de vista de la obra, no la hay entre naturaleza y artificio, ya que éste se realiza por imitación, o, en su defecto, por tanteo empírico.

Nuestra técnica actual es la del técnico, o, mejor aún, la del tiempo de la Técnica. De entrada, el desarrollo técnico es hoy fabuloso, hasta el punto de constituir una especie de segunda naturaleza que paradójicamente nos hace olvidar la existencia de la primera. Y este desarrollo se debe a la autonomía de la máquina, que ha dejado de ser un mero instrumento y se ha convertido en agente principal, relegando al hombre al papel de máquina pensante –técnico–, o de auxiliar de la máquina –obrero–, según funciones especializadas y ya definitivamente separadas.

Ahora sí hay conciencia de invención, y, por tanto, de poder técnico inmanente e independiente, en tanto que se procede por anticipación matemática sobre la naturaleza, y no por imitación *a posteriori* de un todo natural. La técnica se ha hecho ciencia, esto es, saber que analiza un todo en sus elementos componentes y generales y contrasta las deducciones de su análisis en el taller experimental. Pero ya el artesano de la época se proponía descomponer, a su modo, el resultado total en los resultados parciales de los que surge, en el proceso de su génesis. Así confluyen en una misma aspiración metódica el artesano y el moderno ingeniero. Galileo se formó en los arsenales de Venecia. La ciencia nace en la técnica y la técnica renace en la ciencia.

Con la alusión a Galileo quizá se llegue precipitadamente a la conclusión de que, para Ortega, ciencia y técnica sean lo mismo. Y, en efecto, hay expresiones en *La idea de principio en Leibniz* que parecen corroborarlo. Así:

> La física es una ocupación intelectual consistente en evitar conocer aquello de que se ocupa. Lo único que le interesa es averiguar desde qué suposiciones se puede construir una figura de las cosas que nos permita saber utilizarlas mecánicamente. La física es la técnica de las técnicas y el *ars combinatoria* para fabricar máquinas. Es un saber que apenas tiene nada que ver con el conocer[9].

[9] José ORTEGA Y GASSET, *La idea de principio en Leibniz*, ob. cit., p. 278.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Al comienzo de esta obra, Ortega trataba de explicar lo que llamaba el "conocimiento simbólico" propio de la Física, que no es conocimiento en sí de la cosa sino de su signo en un sistema de signos o símbolos. Si conocer es asemejarse a la Realidad, en la Física las proposiciones no guardan correspondencia alguna de semejanza con ella. El único contacto entre Física y Realidad consiste en que la Física nos permite predecir ciertos hechos reales, los experimentos. Son, pues, dos ámbitos distintos: el fantástico y el real. El primero es propio de la Física ("¿Hay, acaso, algo más fantástico que el punto matemático o la línea recta?". Se pregunta Ortega en "El mito del hombre allende la técnica". "Ningún poeta ha dicho nunca nada que fuese tan fantástico")[10].

Por "fantástico" entiende aquí el filósofo la pura intuición de la mente, invención pura que no es lo que solemos entender por combinación de lo dado en la sensación. Así pues, el orden de la fantasía es inequívoco y hace posible el orden o la medida de la Realidad.

Se trata de saber si los fenómenos reales se dejan ordenar en una serie isomorfa con la fantástica o imaginaria. La única semejanza de las series es la del orden, como ocurre en la correspondencia, frecuentemente citada por Ortega, de cada chapa con cada prenda de abrigo en el guardarropa.

La Física no conoce sino que ordena, "hace la Realidad". Al procurar conocer la realidad A, crea otra realidad, B, que la simboliza, condenándose a no poder alcanzar nunca la pretendida (como el galgo que, en vez de correr tras la liebre, prefiriese, al galopar, soltar liebres por la boca, impidiéndose el alcance de ninguna). El conocimiento queda retrasado siempre detrás de la Realidad.

No conoce sino que ordena, ya que el modelo de la Física, para Ortega, no es el de Galileo sino el de Newton o el de Einstein. En Galileo la Matemática tiene una presencia substantiva en el universo físico ("La Naturaleza está escrita en lenguaje matemático"). En cambio, en Newton dicha presencia es tan sólo instrumental, ya que aquí es la Física la que utiliza la matemática para medir y sistematizar sus observaciones.

Por tanto, la Física ya no es anticipación matemática (en lo uniforme y cuantitativo) del ser de las cosas. Ya no es el saber geométrico a priori de los cuerpos naturales, indiferente a la comprobación experimental. La matemática ya no legisla la Realidad, sino que se limita, servicial, a prestarse como un útil de medida, dice en "Vicisitudes en las ciencias"[11].

---

[10] José ORTEGA Y GASSET, "El mito del hombre allende la técnica", en *Meditación de la técnica...*, ob. cit., p. 106.

[11] José ORTEGA Y GASSET, "Vicisitudes en las ciencias", en *Meditación de la técnica...*, ob. cit., pp. 135-141.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

A pesar de todo, hay en la ciencia, matemática o física, un más-allá teórico, creativo, fantástico, directamente ligado con el hontanar de la cultura, y que no es inmediatamente técnico. Es la parte que interesa por sí misma, sin la cual no sería posible la técnica moderna.

Por eso, es improbable la tecnocracia, según Ortega, ya que la técnica es forma hueca en sí, una vez desprovista del nervio imaginativo de la ciencia, inserto éste, a su vez, en el complejo nervioso del entramado cultural. Privada del mismo, la técnica queda desvitalizada, sin poder, sin capacidad.

Ahora se ve con claridad que Ortega no encuentre una término común englobador de los términos "democracia liberal" y "técnica", para denominar a la sociedad del s. XIX, e incluso a la totalidad de la sociedad moderna, ya que no acepta la probabilidad de una tecnocracia como proyecto de régimen que afecte por igual a ciencias, formas de organización social y al campo entero de la cultura, o que, como pronosticaba Spengler, los reemplace.

Y, sin embargo, ¿no es hoy ya un hecho el impacto brutal del régimen tecnocrático? ¿No es, acaso, ya un hecho que ciencia y técnica son los nombres de nuestra ideología? ¿No ocurre, como decía Heidegger en "La pregunta por la técnica", que hoy no está ya la central hidroeléctrica en el río sino el río en la central?

En Heidegger el proyecto matemático moderno abre el ámbito uniforme en el que se muestran las cosas. Es el proyecto ontológico que define la verdad de estas cosas como disponibilidad y a la sociedad moderna como tecnocracia. La tecnología es un tipo de verdad –o desvelamiento– que provoca a la naturaleza, exigiéndole liberar energías que, en cuanto tales, puedan ser explotadas y acumuladas. La tecnología no es mera ciencia aplicada sino que la ciencia, desde su misma raíz, es ya tecnología, ese tipo de verdad que tiende a ocultar cualquier otra forma de verdad de las cosas. Éste es el peligro del dogmatismo técnico, que puede prevenirse distinguiendo entre lo técnico en funcionamiento y la esencia de lo técnico, la cual no es, a su vez, nada técnico sino el campo abierto del arte o modo propio de la verdad (ámbito de salvación que no cabe confundir con la categoría de lo artístico). Es en el arte donde aparece la verdad de la técnica. Como dice Hölderlin, citado por Heidegger:

> Pero donde hay peligro
> crece también lo salvador[12]

En el coloquio de Darmstadt (1951) quedaron enfrentadas las dos posiciones: la "antropológica" de Ortega –que Heidegger calificaba de positivista–, y

[12] Martin HEIDEGGER, "La pregunta por la técnica", en *Ciencia y Técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1984, pp. 98 y ss.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

la ontológica de Heidegger. Para el primero, la técnica es el medio esencial de realización de la vocación humana. Para el segundo, la técnica es una forma de verdad caracterizada por el dominio sobre las cosas, y, eventualmente, sobre el mismo hombre.

Ninguno de los dos subestima la técnica, y ambos subrayan el sinsentido de un mundo puramente técnico.

En comparación con el aire tecnocrático de nuestro tiempo, ambas posiciones pueden ser calificadas de románticas, ya que, celebrando el advenimiento de la técnica moderna, mantienen una distancia escéptica sobre las posibilidades de una técnica autónoma. Pero Ortega acusa a la teoría del ser de Heidegger de señoritismo romántico que pretende dispensar al hombre del esfuerzo técnico necesario para hacer habitable este mundo. Contra el núcleo del pensamiento del alemán, Ortega aduce que habitar este mundo, o contemplar el ser, no le es dado al hombre sino que éste tiene que "ganárselo". El hombre, dice en "El mito del hombre allende la técnica", es esencialmente técnico, porque originariamente es un inadaptado, un enfermo, que sólo a duras penas consigue habitar felizmente en su mundo[13]. Posición romántica que denominaré "romántico-técnica" frente a la romántico-patética (v. g. la del primer Heidegger) que se angustia en su propia actividad ensimismada.

"La Edad Moderna es melancólica y toda ella más o menos romántica"[14].

Dice Ortega en *¿Qué es filosofía?*: el Romanticismo es la imposibilidad de calmar una sed de infinitud actual. La tecnocracia es la voluntad efectiva de dominio racional, es decir, potencialmente realizada de modo indefinido. Ambas posiciones, modernas, tienen aspiración de futuro, al que la primera (romántica) nunca llega, y que la segunda (tecnocrática) deja siempre atrás. La primera revela un deseo imposible, y la segunda vuelve imposible el deseo.

Ortega piensa que la crisis de deseos, propia de nuestro tiempo, deriva de la fabulosa potencialidad de la técnica actual, como si el proyecto de vida personal se viera desbordado por la proliferación técnica, paralizado por el vértigo ante una oferta inasimilable de productos, de modo que el deseo originario se trueca en lo que él llama "pseudodeseos, espectros de apetitos sin sinceridad ni vigor".

Con ello se anticipa, con clarividencia, a lo que hoy podría llamarse *"il sorpasso tecnico"*; pero no quiere ver en ello la manifestación más significativa de la tecnocracia. Su "Meditación" subraya la importancia cuantitativa del desarrollo técnico, pero minusvalora lo que, a mi juicio, es la clave de la crisis actual

[13] José ORTEGA Y GASSET, "El mito del hombre allende la técnica", ob. cit., pp. 103 y ss.
[14] José ORTEGA Y GASSET, *¿Qué es filosofía?* Madrid: Revista de Occidente, 1966, p. 188.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

de deseos, o, mejor dicho, de la perversión de los mismos: la voluntad mecanicista de dominio no permite un más-allá deseable en lo dominado, ciega la imaginación y cercena el misterio. La tecnocracia tiende a matar el nervio originario del deseo y del proyecto vital. Sólo subsisten los pseudodeseos del consumo impuestos por el mantenimiento de la Megamáquina.

Su mismo concepto de la imaginación como la facultad propia de la técnica, sumamente atractivo, sufre de una cierta ambigüedad: de una parte, porque no delimita suficientemente los papeles respectivos de imaginación e inteligencia en la constitución de los principios y conceptos de la ciencia moderna: ¿a cuál de ellas corresponde la misión física de "construir una figura de las cosas que nos permita saber utilizarlas mecánicamente"?

De otra parte, porque se trata de una imaginación futurista, atenta a la peripecia vital, dramática y esencialmente técnica. El romanticismo técnico de Ortega insiste en la dimensión de futuro de la vida ("la vida es futurición", dice en *¿Qué es filosofía?*)[15], y tanto el pasado como el presente no son sino el suelo de proyección hacia el futuro, que se cierne como riesgo constante. Y añade más adelante:

> Lo decisivo no es la suma de lo que hemos sido sino de lo que anhelamos ser, el apetito, el afán, la ilusión, el deseo[16].

Pero estos términos vienen siempre acompañados de otros que sugieren alerta y acción vigilante: programa, quehacer, drama, esfuerzo por ahorrar esfuerzo... incapaz de ahorrar la urgencia de la anticipación.

Dice en *Historia como sistema*:

> La vida es prisa y necesita con urgencia saber a qué atenerse, y es preciso hacer de esta urgencia el método de la verdad[17].

Frente al análisis cauteloso de Descartes, el método orteguiano se encara con la urgencia de la vida, que no es un *factum* sino un *faciendum*. La vida es hacienda, *pragmata* de un *prattein* que no encuentra un tiempo presente de disfrute. Y su ejercicio, más que vivir, es un desvivirse. Paradoja de un ser que consiste "en lo que aún no es". ¿Qué queda aquí de la necesidad de lo superfluo como estado placentero, como droga o música contemplativas, olvidadizas de negocios urgentes, cigarras del presente? ¿No había dicho Ortega que era María, y no Marta, la verdadera "técnica" para Jesús?

---

[15] José Ortega y Gasset, ob. cit., p. 235.
[16] José Ortega y Gasset, ob. cit., p. 258.
[17] José Ortega y Gasset, *Historia como sistema*. Madrid: Alianza Editorial, 1981, p. 25.

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

Ortega finaliza su artículo de respuesta a Heidegger "En torno al coloquio de Darmstadt" con estas palabras:

> El hombre ha aspirado siempre *a wohnen*[18], pero no lo ha conseguido nunca del todo. Sin habitar no llega a ser. Por esta causa se esfuerza en ello y produce edificios, caminos, puentes y utensilios[19].

Y concluye su conferencia en Darmstadt ("El mito del hombre allende la técnica") diciendo:

> Este mito nos muestra la victoria de la técnica: ésta quiere crear un mundo nuevo para nosotros, porque el mundo originario no nos va, porque en él hemos enfermado [...], toda técnica tiene esta maravillosa y –como todo en el hombre– dramática tendencia y cualidad: la de ser una fabulosa y grande ortopedia[20].

¿Ortopedia, aunque fabulosa? ¿No era, acaso, el "*organon* de la felicidad"? ¿Está destinada la técnica al alivio del animal "intoxicado, cerebralmente hipertrofiado y enfermo", o a la plenitud en las aspiraciones del creador humano? Entre el drama y la maravilla, la concepción de la técnica de Ortega responde a la imagen ambigua del hombre en nuestro tiempo. ●

[18] Habitar (en el mundo). Ortega critica la confusión heideggeriana entre habitar y ser.

[19] José ORTEGA Y GASSET, "En torno al coloquio de Darmstadt", en *Meditación de la técnica...*, ob. cit., p. 133.

[20] José ORTEGA Y GASSET, "El mito del hombre allende la técnica", ob. cit., p. 108.